

PRIMER DOMINGO DEL AÑO

SOBRE LA SANTIFICACIÓN DEL CRISTIANO

*Domine, dimitte illam et hoc
anno.*

Señor, déjala aun este año.

(S. Luc., XIII, 8.)

Un hombre — nos dice el Salvador — tenía una higuera plantada en su viña, y fué a buscar fruto en ella y no lo halló. Y dijo al que labraba la viña: Mira, tres años ha que vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo hallo; córtala, pues: ¿para qué ha de ocupar aun la tierra? El viñador le respondió: Señor, déjala aun este año, y la cavaré alrededor, y le echaré estiércol; quizás con esto dé fruto, y si no, la cortáis después y la echarás al fuego.

No, H. M., no, esta parábola no necesita explicación. Somos precisamente nosotros esta higuera que Dios ha plantado en el seno de su Iglesia, y de la cual tenía El derecho a esperar buenas obras; pero hasta el presente hemos defraudado sus esperanzas. Indignado por nuestra conducta, quería quitarnos de este mundo y castigarnos; pero Jesucristo, que es nuestro verdadero viñador, que cultiva nuestra alma con tanto cuidado, y que es además nuestro mediador, ha intercedido por nosotros ante su Padre, para que nos deje aun este año en la tierra, prometiéndole que redoblará sus cuidados y hará todo cuanto pueda por convertirnos. Padre mío—le dice nuestro tierno Salvador—un año más; no los castigéis tan pronto; yo los per-

seguiré sin tregua, ora por los remordimientos de la conciencia que los devorarán, ora por buenos ejemplos, ora por santas inspiraciones. Encargaré a mis ministros que les anuncien que estoy siempre dispuesto a recibirlos, que mi misericordia es infinita. Pero si, a pesar de todo esto, se obstinan en no amarnos, lejos de defenderlos contra vuestra justicia, yo mismo me volveré contra ellos, rogándoos que los quitéis del mundo y los castigéis. Prevengamos, H. M., desdicha tan grande, y aprovechémonos de esta misericordia, que es infinita. H. M., pasemos santamente el año que vamos a comenzar; y para esto evitemos todos los desórdenes que han hecho tan criminales a los ojos de Dios nuestros pasados años. Esto es lo que voy a mostraros sencilla y familiarmente, a fin de que, comprendiéndolo bien, podáis aprovecharos de estas instrucciones.

I. — ¿Por qué está nuestra vida, H. M., llena de tantas miserias? Si lo consideramos bien, la vida del hombre no es otra cosa que una cadena de males: las enfermedades, las pesadumbres, las persecuciones, o las pérdidas, en fin, de bienes de fortuna caen sobre nosotros sin cesar; de suerte que a dondequiera que el hombre vuelva su vista no encuentra en la tierra más que cruces y aflicciones. Buscad, preguntad a quien queráis, desde el más humilde hasta el más encumbrado, todos os hablarán el mismo lenguaje. En fin, H. M., el hombre aquí en la tierra, a menos que se vuelva hacia Dios, no puede menos de ser desgraciado. ¿Sabéis por qué, H. M.? — Me diréis que no. — Pues bien; voy a manifestaros la verdadera razón de ello. Es que, no habiéndonos puesto Dios en este mundo más que como en un lugar de proscripción y de destierro, con todos estos males quiere forzarnos a no apegar a él nuestro corazón y a suspirar por otros bienes más grandes, más puros y más duraderos que los que

pueden hallarse en esta vida. Para hacernos sentir mejor la necesidad de fijar nuestra mirada en los bienes eternos, ha dado Dios a nuestro corazón deseos tan vastos y extensos, que ninguna cosa criada es capaz de contentarle : hasta el punto de que, si espera hallar alguna satisfacción en los bienes creados, apenas posee lo que con tanto ardor deseaba, apenas gustado el placer que de aquel objeto se prometía, se vuelve ya hacia otro lado, esperando encontrar algo mejor. Así se halla constreñido y forzado a confesar, por propia experiencia, que es vano empeño el de querer hallar la felicidad en las cosas perecederas de acá abajo. Si espera tener algún consuelo en este mundo, no lo hallará sino despreciando las cosas pasajeras y que tan poco duran, y encaminándose hacia el noble y venturoso fin por el cual Dios le ha criado. ¿Quieres ser dichoso, amigo mío? Levanta al cielo tus ojos ; allí tu corazón encontrará con qué saciarse plenamente.

Para probaros esto, H. M., yo no tendría más que preguntar a un niño y pedirle para qué fin Dios le ha criado y puesto en el mundo ; él me respondería : Para conocerle, amarle y servirle y por este medio ganar la vida eterna. — Y todos estos bienes, estos honores, estos placeres, ¿qué hay que hacer con ellos? — Y me contestaría : Todo esto no existe más que para ser despreciado, y todo cristiano fiel a las promesas hechas a Dios en el bautismo lo desprecia y lo huella bajo sus pies. — Entonces, me diréis, ¿qué hemos de hacer? ¿De qué manera hemos de conducirnos en medio de tantas miserias, para llegar al venturoso fin por el cual hemos sido criados? — ¡ Oh, H. M. ! nada más fácil : todos los males que os sobrevienen son los verdaderos medios para conducirlos a él. Voy a mostrároslo de una manera tan clara como la luz del mediodía. Ante todo os advertiré que Jesucristo, con sus sufrimientos y su muerte, ha hecho meritorios todos nuestros actos, de

suerte que para el buen cristiano no hay un solo movimiento de nuestro corazón y de nuestro cuerpo que quede sin recompensa, si se hace por El. Quizás no os parecerá esto bastante claro todavía. Pues bien, si esto no os basta, entremos en materia. Seguidme un instante y vais a ver la manera de hacer que todas vuestras acciones sean meritorias para la vida eterna, sin cambiar nada en vuestro modo de obrar. Basta sencillamente hacerlo todo con la intención de agradar a Dios, y añadiré que, en vez de hallar más penosas vuestras acciones haciéndolas por Dios, os serán, por el contrario, más suaves y ligeras. Por la mañana, al despertaros, pensad en seguida en Dios, y haced sin demora la señal de la cruz, diciéndole: Dios mío, os entrego mi corazón, y, pues sois tan bondadoso al concederme un día más, hacedme la gracia de que cuanto haga en él no sea sino para gloria vuestra y bien de mi alma. ¡Ay! — debemos decirnos a nosotros mismos — ¡cuántos han caído en el infierno desde ayer, que quizás eran menos culpables que yo! Preciso es, pues, que me porte mejor de lo que me he portado hasta ahora.

Ya desde aquel momento habéis de ofrecer a Dios todas las acciones del día, diciéndole: Recibid, oh Dios mío, todos los pensamientos, todas las acciones que yo haga en unión de lo que Vos sufristeis durante vuestra vida mortal por amor de mí. Jamás habéis de olvidaros de hacer este acto; pues, para que nuestras acciones sean meritorias para el cielo, es necesario que las hayamos ofrecido a Dios, sin lo cual quedarían sin recompensa. Llegada la hora de levantaros, hacedlo con prontitud; guardaos de dar oído al demonio, que os tentará a que os quedéis un poco más en la cama, para que dejéis vuestra oración o la hagáis distraídos pensando que os esperan, o que vuestro trabajo corre prisa. Cuando os vistáis, hacedlo con modestia; pensad

que Dios os está mirando, y que el ángel de vuestra guarda está a vuestro lado, como no lo podéis dudar. En seguida arrodillaos, sin escuchar al demonio que os dirá que dejéis vuestra oración para otro rato, a fin de moveros a ofender a Dios desde la mañana ; al contrario, decid vuestras oraciones con la mayor modestia y respeto posibles. Acabada vuestra oración, pensad en las ocasiones de ofender a Dios que se os podrán presentar durante el día, a fin de estar prevenidos y evitar esta desgracia. Tomad en seguida alguna buena resolución que os esforzaréis en ejecutar desde el primer momento, como, por ejemplo, la de hacer vuestro trabajo con espíritu de penitencia, evitar las impaciencias, las murmuraciones, los juramentos, guardar la lengua. Por la tarde examinaréis si habéis sido fieles a ella ; si hubiereis faltado, debéis imponeros alguna penitencia en castigo de vuestra infidelidad, con la certidumbre de que, si observáis esta práctica, pronto habréis conseguido correjros de todos vuestros defectos.

Cuando vais a vuestro trabajo, en vez de ocuparos de la conducta del uno y del otro, ocupaos en algún buen pensamiento, por ejemplo el de la muerte, pensando que pronto os tocará salir de este mundo ; y examinaréis qué bien habéis practicado desde que estáis en él, y gemiréis sobre todo por los días perdidos para el cielo, lo cual os llevará a redoblar vuestras buenas obras, vuestras penitencias y vuestras lágrimas ; — o bien ocupaos en el pensamiento del juicio : que quizás, antes de acabar el día, iréis a dar cuenta de toda vuestra vida, y que este momento decidirá de vuestra suerte, eternamente desgraciada o eternamente feliz ; — o pensaréis en el infierno, en el cual están ardiendo los que vivieron en el pecado ; o en la felicidad del paraíso, que es la recompensa de los que son fieles en el servicio de Dios ; — o bien podéis entreteneros, si queréis, en considerar la fealdad del pecado, que nos separa de Dios,

y nos hace esclavos del demonio, lanzándonos a un abismo de males eternos.

Es que nosotros — me diréis — no sabemos hacer todas estas meditaciones. — ¿No? pues considerad la bondad de Dios. ¿No sabéis meditar estas grandes verdades? Pues decid alguna oración, rezad el santo rosario. Si sois padres o madres de familia, decidlo por vuestros hijos, a fin de que Dios les haga la gracia de ser buenos cristianos, de que sean un día vuestro consuelo en este mundo y vuestra gloria en el otro. Los hijos deben decirlo por sus padres y madres, a fin de que Dios los conserve y de que los eduquen muy cristianamente. O bien rogad por los pecadores, para que tengan la dicha de volver a Dios. Y con esto evitaréis un número infinito de palabras inútiles, y aun quizás de conversaciones que a menudo no son las más inocentes.

Es preciso, H. M., que os acostumbréis desde muy temprano a emplear santamente el tiempo. Acordaos de que no podemos salvarnos sin pensar en nuestra salvación, y de que, si existe un negocio digno de que pensemos en él, es éste de nuestra salvación, ya que no nos ha puesto Dios en la tierra sino para él.

Antes de empezar vuestro trabajo, debéis, H. M., hacer siempre la señal de la cruz, y no imitar a esos hombres sin religión que no se atreven a santiguarse cuando se hallan en compañía de otros. Ofreced sencillamente vuestras penas a Dios, y renovad de vez en cuando vuestro ofrecimiento; con esto tendréis la dicha de atraer la bendición del cielo sobre vosotros y sobre cuanto hiciereis. Ya veis, H. M., cuántos actos de virtud podéis practicar portándoos de esta manera, sin hacer otra cosa que lo mismo que estáis haciendo. Si trabajáis con intención de agradar a Dios, de obedecer a sus mandamientos que os ordenan ganar vuestro pan con el sudor de vuestro rostro, hacéis un acto de obediencia; si con el fin de obtener alguna gracia para

vosotros o para vuestro prójimo, hacéis un acto de confianza y de caridad. ¡ Oh, H. M. ! ¡ cuánto podemos merecer todos los días para el cielo no haciendo otra cosa que lo que hacemos, pero haciéndolo por Dios y por la salvación de nuestra alma ! Cuando oís dar la hora, ¿ quién os impide pensar en la brevedad del tiempo y considerar interiormente : las horas pasan y la muerte se acerca, corro hacia la eternidad ; ¿ me hallo pronto a comparecer ante el tribunal de Dios ? ¿ no está mi alma en pecado ? Y si tuvierais, H. M., esta desgracia, haced pronto un acto de contrición, y formad propósito de confesaros en seguida, por dos razones : la primera, porque, si tuviereis la desgracia de morir en aquel estado, os condenaríais sin remedio ; la segunda, porque todas las buenas obras que hicierais serían perdidas para el cielo. Por otra parte, H. M., ¿ tendríais valor para permanecer en un estado que os hace enemigos de vuestro Dios que tanto os ama ? Al descansar de vuestras fatigas, alzad los ojos hacia ese hermoso cielo que os está preparado, si tenéis la dicha de servir a Dios como es debido, diciéndoos interiormente : ¡ Oh, hermoso cielo ! ¿ cuándo tendré la ventura de poseerte ?

Sin embargo, H. M., hay que decir que el demonio no deja de hacer cuanto puede para llevarnos al pecado, pues nos dice San Pedro que «da vueltas sin cesar a nuestro alrededor como león rugiente, para devorarnos». Habéis pues, de haceros cuenta, H. M., de que, mientras viviereis en la tierra, pasaréis tentaciones. ¿ Qué debéis, pues, hacer cuando advertís que el demonio os quiere llevar al mal ? Oídllo. En primer lugar recurrir en seguida a Dios, diciéndole : ¡ «Dios mío, venid en mi socorro ! ¡ Virgen Santa, ayudadme ! » o bien : «¡ Santo ángel de mi guarda, combatid por mí contra el enemigo de mi salvación ! » Hacedos luego estas reflexiones : A la hora de la muerte, ¿ quisiera haber hecho esto ? ¡ Ah ! sin duda que no ; ¡ ea, pues !

preciso es que resista a esta tentación. Verdad es que podría ahora ocultarme a los ojos del mundo; pero Dios me ve. Cuando llegue la hora de juzgarme, ¿qué le responderé, si tengo la desgracia de cometer este pecado? Creedme, H. M., haccos estas pequeñas reflexiones siempre que fuereis tentados, y veréis que la tentación disminuirá a medida de vuestra resistencia, y saldréis victoriosos. Pasada la tentación, veréis que, si cuesta algún trabajo resistir, quedáis sobradamente recompensados por el gozo y el consuelo que experimentáis luego de haber echado al demonio. Tengo la certeza de que muchos de vosotros estáis pensando ahora mismo que es la pura verdad esto que os digo.

Los padres y madres deben acostumbrar desde muy pequeñitos a sus hijos a resistir a la tentación; porque es un hecho que hay jóvenes de quince y diez y seis años que no saben qué cosa sea resistir a una tentación, y que se dejan coger en los lazos del demonio como los pajaritos en las redes del cazador. ¿De dónde viene esto sino de la ignorancia o de la negligencia de los padres? Pero me diréis: ¿cómo quiere usted que enseñemos todo esto a nuestros hijos, si no lo sabemos nosotros mismos?—Pues si no estáis suficientemente instruídos, ¿por qué tomasteis el estado del matrimonio, cuando sabíais, o por lo menos habíais de saber, que, si Dios os daba hijos, estabais obligados, so pena de condenación, a instruirlos acerca del modo cómo debían conducirse para llegar al cielo? ¿Es que no bastaba que vuestra ignorancia os perdiera a vosotros mismos, sin que debiese arrastrar también a otros a la perdición? Y si estáis plenamente convencidos de que no tenéis las suficientes luces, ¿por qué, a lo menos, no hacéis que os instruyan sobre vuestros deberes los que tienen la misión de hacerlo? — Me diréis: ¿cómo he de atreverme a confesar a mi pastor que no estoy bien instruído? se reirá de mí. ¿Se reirá de vosotros?

Os equivocáis, H. M.; tendrá una gran satisfacción en enseñaros lo que habéis de saber y lo que habéis de enseñar a vuestros hijos.

Debéis también enseñarles a santificar su trabajo, es decir, a trabajar no para enriquecerse, ni para hacerse estimar del mundo, sino para agradar a Dios, que nos lo manda en expiación de nuestros pecados; de este modo tendréis el consuelo de verlos el día de mañana jóvenes sensatos y obedientes, y de que sean vuestro contento en este mundo y vuestra gloria en el otro; tendréis la dicha de verlos temerosos de Dios y dueños de sus pasiones. No, H. M., mi intento no es hoy hacer ver a los padres y madres la grandeza de sus obligaciones; son éstas tan grandes y tan terribles que bien merecen toda una instrucción aparte. Les diré tan sólo que deben todos esforzarse en inspirar a sus hijos el temor y el amor de Dios; que las almas de los hijos son un depósito que Dios ha confiado a los padres, del cual un día habrán de darle cuenta muy rigurosa.

Debéis, por último, terminar el día con la oración de la noche, que, en cuanto se pueda, ha de hacerse en común; porque, H. M., nada más ventajoso que esta práctica de piedad. El mismo Jesucristo nos dice: «Si dos o tres personas se reúnen para orar en mi nombre, yo estaré en medio de ellas» (1). Por otra parte, ¿qué cosa más consoladora para un padre de familia que ver cada día a todos los de su casa prostrados a las plantas del buen Dios, para adorarle y darle gracias por los beneficios recibidos durante el día, pidiéndole al mismo tiempo perdón por las pasadas faltas? ¿No tiene motivo para esperar que todos pasarán santamente la noche? El que lleva los rezos

(1) Ubi enim sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum (S. Mat., XVIII, 20).

no debe ir demasiado aprisa, a fin de que los demás puedan seguirle; ni tampoco demasiado despacio, dando pie a que se distraigan los demás, sino guardar un justo medio. A esta oración de la noche se debe añadir un examen en común, es decir, detenerse un instante para traer cada uno a la memoria sus pecados. He aquí las ventajas de este examen: nos lleva a concebir dolor de nuestros pecados; nos inspira el propósito de no recaer en ellos; hace que, cuando vamos a confesar, nos sea mucho más fácil recordarlos; en fin, si nos cogiese de improviso la muerte, compareceríamos con mayor confianza ante el tribunal de Dios, pues nos dice San Pablo que «si nos juzgamos a nosotros mismos, Dios será menos riguroso en su juicio» (1). Sería también de desear que, antes de ir a acostaros, tuvieseis un pequeño rato de lectura piadosa, por lo menos durante el invierno: esto os sugeriría algunos buenos pensamientos, que os ocuparían al acostaros y al levantaros, y con ello grabaríais más perfectamente en vuestro espíritu las verdades de salvación. En las casas donde no hay quien sepa leer, no hay que apurarse. Podéis rezar el santo rosario, con lo cual atraeréis sobre vosotros la protección de la Santísima Virgen. ¡Ah, H. M. ! cuando de esta manera se ha pasado el día, entonces sí que puede uno entregarse en paz al descanso y dormirse en el Señor. Si despierta durante la noche, aprovecha aquel momento para alabar y adorar a Dios. Aquí tenéis, H. M., el plan de vida que debéis seguir, y el buen orden que debéis establecer en vuestras familias.

II. — Veamos ahora los desórdenes más comunes y más peligrosos que es preciso evitar, y luego las obli-

(1) Quod si nosmetipsos diiudicemus, non utique iudicemur (I Cor., XI, 31).

gaciones particulares de cada estado. Digo, primeramente, que los pecados, los desórdenes más comunes son las *veladas o tertulias*, los *juramentos* (1), las palabras y canciones deshonestas. Digo primeramente las *tertulias* (*les veilles*) (2) : sí, H. M., sí, estas reuniones nocturnas son ordinariamente la escuela donde los jóvenes pierden todas las virtudes de su edad y aprenden toda suerte de vicios. En efecto, H. M., ¿cuáles son las virtudes de la juventud? ¿No son el gusto por la oración, la frecuencia de Sacramentos, la sumisión a los padres, la asiduidad en el trabajo, una admirable pureza de conciencia, un vivo horror al pecado vergonzoso? Tales son, H. M., las virtudes que los jóvenes deben esforzarse por adquirir. Pues bien, H. M., yo os digo que, por muy asentado que se halle un joven o una joven en estas virtudes, si tienen la desgracia de frecuentar ciertas tertulias o ciertas compañías, muy pronto las habrán perdido todas. Vosotros que sois testigos de ello, decidme, H. M., ¿qué es lo que allí se oye sino palabras las más sucias y obscenas? ¿Qué es lo que allí se ve sino familiaridades entre los jóvenes, que ruborizan el pudor? y me atrevo a decir que, si fuesen infieles, no harían más de lo que hacen. Y los padres y madres lo presencian, y nada les dicen; y los amos y amas lo ven, y guardan silencio. Un falso respeto humano cierra sus labios. ¿Y vosotros sois cristianos, vosotros tenéis religión, vosotros esperáis ir un día al cielo? ¡Oh, Dios mío, qué ceguera! ¿Es posible concebirla? Iréis, sí, pobres ciegos,

(1) En el sentido de votos, reniegos, maldiciones, imprecaciones, etc.

(2) Las *veilles* o *veillées* en la comarca de Dombes y otras son reuniones que se organizan en las noches de invierno para hacer en común y más alegremente ciertos trabajos fáciles. — Pero, como dice el Santo, «estas asambleas nocturnas son ordinariamente la escuela donde los jóvenes pierden todas las virtudes de su edad, y aprenden toda clase de vicios».

pero es al infierno donde iréis; ese será vuestro paradero.

¿Cómo os quejáis luego de que vuestras bestias se os mueran? Sin duda habéis olvidado todos los crímenes que en los cinco o seis meses de invierno se han cometido en vuestras cuadras (1). Habéis olvidado lo que dice el Espíritu Santo: «Que dondequiera que se cometa el pecado, caerá la maldición del Señor» (2). ¡Ay! ¡cuántos jóvenes que conservarían aun su inocencia si no hubiesen concurrido a estas reuniones, no volverán quizá jamás a Dios! ¿Y no es también al salir de semejantes sitios cuando los jóvenes se van a rondar y traban relaciones que las más de las veces acaban en un escándalo y en la pérdida de la reputación de alguna doncella? ¿No es allí donde los jóvenes libertinos, después de haber vendido su alma al demonio, quieren también perder la de los demás? Sí, H. M., son incalculables los males que de ahí resultan. Si sois cristianos y deseáis salvar vuestras almas y las de vuestros hijos y de vuestros criados, jamás debéis tener estas reuniones en vuestra casa, a menos que estéis presentes vosotros, alguno de los cabezas de familia, para impedir que se ofenda a Dios. Cuando estáis ya todos dentro, debéis cerrar la puerta y no dejar que entre nadie más. Comenzad vuestro trabajo rezando una o dos decenas del rosario, para atraeros la bendición de la Santísima Virgen, cosa que podéis hacer mientras se va trabajando. Proscribid luego todas esas canciones lascivas o malas, que profanan vuestro co-

(1) En ciertas comarcas estas reuniones tienen lugar en las cuadras, donde la respiración y el natural calor de los animales mantiene una temperatura agradable.

(2) Puede citarse entre otros ejemplos, el de Acab y Jezabel, castigados en la misma villa de Naboth, a quien habían hecho apedrear: «In loco hoc, in quo linxerunt canes sanguinem Naboth, lambent quod sanguinem tuum... Canes comedent Iezabel in agro Iezrael» (III Reg., XXI, 19, 23).

razón y vuestra boca, templos del Espíritu Santo, lo propio que todos esos cuentos, que no son sino mentiras, y que de ordinario van contra las personas consagradas a Dios, lo cual los hace más criminales. No dejéis nunca que vuestros hijos vayan a estas reuniones en otras casas. ¿Para qué se apartan de vosotros, sino para estar más libres? Si sois fieles en el cumplimiento de vuestros deberes, será Dios menos ofendido y vosotros menos culpables.

Hay además otro desorden, tanto más deplorable, cuanto que es muy común: *las palabras libres*. No, H. M., nada más abominable, más horrible que estas palabras. En efecto, H. M., ¿qué cosa más contraria a la santidad de nuestra religión que estas palabras impuras? Ellas ofenden a Dios y escandalizan al prójimo; o, para hablar más claramente, lo echan a perder todo. Muchas veces no se necesita más que una palabra deshonesta para ocasionar mil pensamientos malos, mil vergonzosos deseos, y aun quizás para precipitar en un número infinito de otras infamias, y para enseñar a las almas inocentes el mal que tenían la dicha de ignorar. ¿Y cómo, H. M.? ¿es posible que un cristiano permita a su espíritu ocuparse en tales horrores! ¿Un cristiano, que es templo del Espíritu Santo, un cristiano que ha sido santificado por el contacto del Cuerpo adorable y por la preciosa Sangre de Jesucristo! ¿Oh, Dios mío! ¿cuán poco conocemos lo que hacemos al pecar! Si Nuestro Señor nos dice que «podemos conocer al árbol por sus frutos» (1), juzgad por el lenguaje de ciertas personas cuál debe estar de corrompido su corazón. Y, con todo, ninguna cosa más común. ¿Qué conversaciones mantiene la gente joven? ¿No son siempre en torno de este maldito pecado? ¿Tienen en la boca otra cosa? Entrad, os diré con San

(1) Ex fructibus eorum cognoscetis eos (S. Mat., VII, 16).

Juan Crisóstomo, entrad en esas tabernas, es decir, en esas madrigueras de la impureza; ¿sobre qué versan las conversaciones, aun entre personas de cierta edad? ¿No llegan hasta el punto de apostar a quién ganará por su desvergüenza en el hablar? ¿No parece su boca una cloaca de la cual se sirve el infierno para vomitar toda la inmundicia de sus impurezas sobre la tierra y tragar las almas? ¿Qué hacen estos malos cristianos, o mejor, emisarios del abismo? ¿Están alegres? En vez de cantar las alabanzas de Dios, son las canciones más licenciosas, capaces de hacer morir de horror a un cristiano, las que salen de su boca. ¡Santo Dios! ¿quién no temblará pensando en el juicio que ha de merecer a Dios esta conducta? Si, como nos asegura el mismo Jesucristo, una sola palabra ociosa no quedará sin castigo, ¡ay! ¿cuál será el castigo de esos discursos licenciosos, de esas conversaciones indecentes, de esas infamias y horrores que hacen erizar el cabello?

¿Queréis comprender la ceguera de estos pobres infelices? Escuchad sus excusas: no lo hacemos con mala intención, os dirán; o también: lo decimos en broma, son bagatelas y tonterías que no hacen mal ninguno. ¿Qué es esto, H. M.? Un pecado tan horrible a los ojos de Dios, un pecado que sólo por el sacrilegio es excedido, ¿lo tenéis por bagatela? ¡Ay! es que vuestro corazón está depravado y corrompido por este vicio odioso. ¡Ah, no! no se puede reír y bromear con una cosa de la cual debíamos huir con más horror que de un monstruo que nos persigue para devorarnos. Por otra parte, H. M., ¿qué crimen no será amar lo que Dios quiere que detestemos soberanamente? Decís que no lo hacéis con mala intención; mas, dime, miserable víctima de los abismos, los que te oyen, ¿tendrán por esto menos malos pensamientos y menos deseos criminales? Tu intención ¿detendrá por ventura su fantasía y su corazón? Reconócelo paladi-

namente, y di que tú eres la causa de su ruina y de su condenación eterna. ¡ Oh ! ¡ cuántas almas arroja al infierno este pecado ! El Espíritu Santo nos dice que este maldito pecado de la impureza ha cubierto la superficie de la tierra (1).

No, H. M., no voy a proseguir esta materia ; volveré a ocuparme de ella en otra instrucción, donde trataré de pintárosla mucho más horrible. Digo ahora que los padres y madres deben ser muy vigilantes respecto de sus hijos y criados, y no hacer ni decir nunca cosa alguna que pueda ofender esta hermosa virtud de la pureza. ¡ Cuántos hijos y criados hay que no se entregaron a este vicio hasta que lo aprendieron del ejemplo de sus padres y amos ! ¡ Cuántos hijos y criados perdidos por los malos ejemplos de sus padres y madres, de sus amos y amas ! ¡ Ah ! ¡ más les valiera que les hubiesen clavado un puñal en el pecho !... Por lo menos hubieran tenido la dicha de morir en gracia, hubieran ido al cielo, mientras que vosotros los arrojáis al infierno.

Los amos deben vigilar mucho a sus criados. Si alguno tienen que se muestre libertino en su hablar, la caridad aconseja que le reprendan bondadosamente dos o tres veces ; pero, si no se corrige, debéis echarle de vuestra casa ; si no, vuestros hijos no tardarán en parecérselo. Y aun digamos que un criado de esta especie es capaz de atraer toda suerte de maldiciones sobre una casa.

Otro desorden que reina en las familias y entre los trabajadores son las impaciencias, las murmuraciones o quejas, los *juramentos* (votos o maldiciones). Pues bien, H. M., ¿ qué adelantáis con vuestras impaciencias y quejas ? ¿ Van mejor vuestros negocios con ello ? ¿ Disminuyen acaso vuestros sufrimientos ? ¿ No

(1) Omnis caro corruperat viam suam (Gen., VI, 12).

es precisamente todo lo contrario? Impacientándoos no lograréis sino sufrir aún más, y, lo que es peor todavía, perdéis todo el mérito de vuestro sufrimiento. Me diréis tal vez : esto cuesta muy poco de decir, cuando no se tiene que padecer nada ; si estuviese usted en mi lugar, quizás lo haría aún peor. Tendríais razón de hablar así, H. M., si no fueseis cristianos, si no hubiese para vosotros otra esperanza que los bienes y los placeres de que podemos disfrutar en este mundo ; si, por otra parte, fuésemos nosotros los primeros que sufrimos ; pero desde Adán hasta el presente todos los santos han tenido algo que padecer, y la mayor parte de ellos bastante más que nosotros ; sino que ellos han sufrido con paciencia, sumisos siempre a la voluntad de Dios, y ahora sus penas han terminado, y su dicha ha comenzado para no terminar jamás. ¡ Ah, H. M. ! miremos ese cielo tan hermoso, pensemos en la felicidad que Dios nos tiene preparada, y soportaremos todos los males de la vida, en espíritu de penitencia, con la esperanza de una recompensa eterna. ¡ Oh ! ¡ si, al llegar la noche, tuvieseis la dicha de poder decir que aquel día ha sido todo entero para Dios !

Digo que los trabajadores, si quieren ganar el cielo, deben aguantar con paciencia el rigor de las estaciones, el mal humor de los que les dan trabajo ; evitar esas quejas y esas maldiciones que son tan comunes entre ellos, y cumplir fielmente su deber. Los esposos y esposas deben vivir unidos en paz, edificarse mutuamente, orar el uno por el otro, sobrellevar sus defectos con paciencia, animarse a la virtud con sus buenos ejemplos y seguir las reglas santas y sagradas de su estado, pensando que son « hijos de santos » (1), y que, por consiguiente, no han de portarse como los paganos, que no tienen la dicha de conocer al verdadero Dios.

(1) Filii Sanctorum sumus (Tob., II, 18).

Los amos deben tener igual cuidado de sus criados que de sus hijos, acordándose de lo que dice San Pablo, que «si no tienen cuidado de sus criados, son peores que los gentiles» (1), y serán castigados más severamente en el día del juicio. Los criados son para serviros y guardaros fidelidad y debéis tratarlos, no como esclavos, sino como hijos y hermanos vuestros. Los criados han de considerar a sus amos como lugartenientes de Jesucristo en la tierra con respecto a ellos. Su deber es servirles con alegría, obedecerles con agrado, sin quejas ni murmuraciones, y cuidar de sus bienes como si fuesen propios. Los criados han de evitar entre sí ciertos actos excesivamente familiares, que tan peligrosos y funestos son para la inocencia. Si alguna vez tenéis la desgracia de hallaros en alguna de estas ocasiones, debéis apartarla, cueste lo que costare: entonces precisamente es cuando habéis de seguir aquel consejo de Jesucristo, que dice: «Si vuestro ojo derecho o vuestra mano derecha os son ocasión de pecado, arrancadlos y echadlos lejos de vosotros, porque más vale ir al cielo con un ojo solo o con una mano sola, que ser arrojado al infierno con los dos» (2), es decir, que por ventajosa que sea la condición en que os halláis, es menester dejarla sin demora; sin esto no os salvaríais. Anteponed a todo vuestra salvación, nos dice Jesucristo, porque es «la única cosa que os debe preocupar» (3). ¡Ay, H. M. ! ¡cuán raros son los cristianos que están prontos a sufrirlo antes que exponer la salvación de su alma!

Acabáis de ver en compendio, H. M., todo lo que

(1) Si quis autem suorum, et maxime domesticorum curam non habet, fidem non habet, et est infideli deterior (I Tim., V, 8).

(2) Et si oculus tuus scandalizat te, erue eum, et prolice abs te: bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare, quam duos oculos habentem mitti in gehennam ignis (S. Mat., XVIII, 9).

(3) Unum est necessarium (S. Luc., X, 42).

habéis de hacer para santificaros en vuestro estado. ¡Ay! ¡qué de pecados no tenemos que echarnos en cara hasta el presente! Juzguémonos, H. M., según estas reglas, y tratemos de ajustar a ellas en adelante nuestra conducta. ¿Y por qué, H. M., no haríamos todo cuanto podemos para agradar a nuestro Dios que tanto nos ama? ¡Ah! ¡si nos tomásemos la pena de echar una mirada sobre la bondad de Dios para con nosotros! En efecto, H. M., todos los sentimientos de Dios con respecto al pecador no son sino sentimientos de bondad y de misericordia. Por más que sea pecador, Dios le ama todavía. Dios odia el pecado, es verdad; pero ama al pecador, que, aun cuando pecador, no deja de ser su obra, creada a semejanza suya, y de ser el objeto de sus más tiernos suspiros desde toda la eternidad. Por él creó el cielo y la tierra; por él dejó la compañía de los ángeles y santos; por él sufrió tanto, aquí en la tierra, por espacio de treinta y tres años; por él fundó esta hermosa religión, tan digna de Dios, tan capaz de hacer felices a los que tienen la dicha de seguirla.

¿Queréis, H. M., que os muestre cuánto nos ama Dios, por más que seamos pecadores? Escuchad al Espíritu Santo, quien os dice que Dios se porta con nosotros como se portó David con su hijo Absalón, el cual levantó un ejército de malvados para destronar y quitar la vida a tan buen padre, con el fin de reinar en su lugar. Vióse David forzado a huir y abandonar su palacio para poner en salvo su vida, ante la persecución de su desnaturalizado hijo. Pero, a pesar de que este crimen había de serle a David extremadamente odioso, nos dice el Espíritu Santo que su amor por el hijo ingrato era sin límites, y que a medida que el hijo ingrato armaba su furor, aquel buen padre sentía nuevo amor por él. Viéndose, pues, constreñido a ponerse al frente de un ejército, para detener al desdichado, su pri-

mer cuidado antes de empeñar combate fué recomendar a sus oficiales y soldados que respetasen la vida de su hijo. El hijo, criminal y bárbaro, quiere quitar la vida al padre, y el padre intercede por él. Muere aquél por una visible permisión de la Providencia; y David, muy lejos de alegrarse de la ruina del rebelde, y de sentirse en mayor seguridad, parece olvidarse de su vida y de su reino, para no pensar más que en llorar la muerte de quien sólo trataba de perderle. Tan grande fué su dolor, tan abundantes sus lágrimas, que cubrió su rostro con un velo, para no ver la luz; retiróse a la obscuridad de su palacio, y dió rienda suelta a la amargura de su corazón. Tan penetrantes eran sus clamores, tan amargas y copiosas sus lágrimas, que sembró la consternación hasta entre sus tropas, reprochándose a sí mismo el no haber tenido la fortuna de morir por salvar la vida de su hijo. A cada instante se le oía exclamar: ¡Absalón, hijo mío! ¡que no haya muerto yo en lugar de ti! ¡que no pueda quitarme yo la vida para devolvértela! ¡Ay! ¡pluguiera a Dios que hubiese muerto yo en tu lugar (1). Ni quiso ya recibir consuelo en toda su vida; su dolor le acompañó hasta el sepulcro.

Decidme, H. M., ¿habríais pensado nunca que vuestra pérdida causase tantas lágrimas y dolores a nuestro divino Salvador? ¡Ah! ¿quién no se conmovirá?... Un Dios llorando la ruina de un alma y no cesando de clamar: ¿Amigo, a dónde vas, que corres a perder tu alma y a tu Dios? ¡Deténte! ¡deténte! ¡Ah! mira mis lágrimas, mi sangre que corre todavía; ¿será menester que por salvarte muera segunda vez? Pues heme aquí. ¡Oh, ángeles del cielo! bajad a la tierra; venid a llorar conmigo la pérdida de esta alma.

(1) Fili mi Absalom, Absalom fili mi: quis mihi tribuat ut ego moriar pro te Absalom fili mi, fili mi Absalom (II Reg., XVIII, 33).

¡ Oh ! ¡ qué desgraciado es un cristiano, si se obstina en correr todavía al abismo, a pesar de la voz que hace resonar continuamente Dios en sus oídos !

Me diréis : Pero ¡ si nadie nos habla de esta manera ! — ¡ Ay, amigos ! si no os empeñarais en cerrar vuestros oídos, escucharíais sin cesar la voz de Dios que os persigue. Dime, amigo, ¿ qué son sino esos remordimientos de tu conciencia, luego que has caído en el pecado ? ¿ Por qué esas turbaciones, esas tempestades, que te agitan ? ¿ Por qué ese temor y ese pavor dondequiera que te halles, creyéndote a cada instante próximo a ser herido por los rayos del cielo ? ¡ Cuántas veces no has sentido, en el mismo instante de pecar, como si una mano invisible quisiera detenerte, y una voz que te decía : ¡ Desgraciado ! ¿ qué vas a hacer ? ¡ Ah, hijo mío ! ¿ por qué quieres condenarte ?... ¿ No convendréis conmigo en que un cristiano que desprecia tantas gracias merece ser abandonado y reprobado, porque no prestó oídos a la voz de Dios, ni se aprovechó de sus gracias ? Pero no, H. M. ; sólo a Dios desprecia esa alma ingrata y parece cómo si quisiese quitarle la vida. Todas las criaturas claman venganza ; y es precisamente ese Dios el único que quiere salvarla, y se opone a todo cuanto pudiera dañarla, velando por su conservación como si fuera sola en el mundo, y como si de su felicidad dependiera la del mismo Dios. Mientras el pecador le clava el puñal en el seno, Dios le tiende la mano, para decirle que le quiere perdonar. Los rayos y truenos del cielo parecen echarse al pie del trono de Dios, pidiendo que les deje aplastar al ingrato. ¡ Ah ! no, no, les dice el divino Salvador, me cuesta demasiado esta alma, y yo la amo todavía, aunque pecadora. Pero, Señor, replican ellos, ¿ no veis que vive sólo para ultrajaros ? No importa, quiero conservarla, porque sé que un día me amará : he aquí por qué deseo su conservación.

¡ Ah, H. M. ! ¿ seríais tan duros que no os conmoviera tanta bondad de parte de nuestro Dios ? Pues bien, prosigamos. Vais a ver otro espectáculo del amor de Dios para con sus criaturas y sobre todo para con un pecador convertido. El Señor nos lo presenta por boca del profeta Isaías. Llega hasta el punto de querer disimular nuestros pecados, diciéndonos que Dios trata al pecador que le ultraja, como una madre trata a su hijo desprovisto aun de razón. ¿ Veis, nos dice, a un niño que no tiene aun el uso de la razón ? Unas veces se pone de mal humor, otras se impacienta, chilla, se irrita, llega hasta a golpear con sus manecitas el seno de su madre que le sostiene, se esfuerza por satisfacer su cólera impotente. Pues bien, nos dice el profeta, ¿ qué venganza creéis que tomará la madre de la temeridad de su hijo ? Vedlo : le estrechará y le apretará más tiernamente contra su corazón ; redoblará sus cariños ; le minará, le ofrecerá el pecho y le dará su leche, para calmar su lloro : esta será toda su venganza. Y añade el profeta : Si ese niño tuviese conocimiento de lo que hace, ¿ qué debiera pensar viendo tanta dulzura de parte de su madre ? Démosle por un momento el uso de la razón que le ha negado la naturaleza. ¿ Qué pensará y qué juzgará de todo esto, pasado el arrebató de cólera ? Sin duda quedará pasmado de su temeridad al irritarse contra la que le llevaba en brazos y con sólo abrir la mano podía dejarle caer en tierra y aplastarle. Pero al propio tiempo, ¿ temerá acaso que su buena madre se niegue a perdonarle sus infantiles furores ? ¿ No verá, por el contrario, que le están ya perdonados, puesto que ella redobla sus mimos, cuando podía tan fácilmente vengarse ? Sí, dice el santo profeta, esta es la manera como trata Dios al pecador en medio de sus mayores desórdenes. Sí, añade, el Señor os ama tanto, aunque pecadores, que os lleva en sus manos hasta los días de vuestra ancianidad. No, no, dice él, podrá una

madre tener el valor de abandonar a su hijo (1), mas nunca podría yo abandonar a una de mis criaturas.

¡ Ay, H. M. ! nada más fácil de concebir. ¿ No parece, en verdad, que cierra Dios los ojos a nuestros pecados ? ¿ No se ven todos los días pecadores que parecen vivir sólo para ultrajarle, y hacen todos los esfuerzos posibles para perder a los demás, sea con sus malos ejemplos, sea con sus burlas, sea con su hablar deshonesto ? ¿ No se diría que el infierno los ha enviado para arrancar a esas almas de las manos del mismo Dios, y arrojarlas al infierno ? Convenís en esto conmigo. Pues bien, ¿ no cuida acaso Dios de esos desdichados, que viven sólo para hacerle sufrir y arrebatarle las almas ? ¿ No hace acaso por ellos todo lo que hace por los más justos ? ¿ No manda al sol que los alumbre y a la tierra que los alimente ? ¿ A los animales, que los sustenten unos, que les vistan otros, o que los alivien en sus trabajos ? ¿ No ordena a todos los hombres que los amen como a sí mismos ? Sí, H. M., diríase que Dios, por su parte, se agota por beneficiarnos a fin de captarse nuestro amor, al paso que el pecador emplea todo cuanto está en su mano para hacer guerra a Dios y despreciarle ! ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuán ciego es el hombre ! ¡ cuán poco conoce lo que hace pecando, rebelándose contra tan buen padre, contra un amigo tan cariñoso !

Deplorando nuestra ceguera, ¿ qué debemos concluir de todo esto, cristianos ? Que, pues Dios es tan bueno al darnos la esperanza de un año más, hemos de hacer todo lo posible para pasarlo santamente, y que durante este año podemos aún ganarnos la amistad de nuestro Dios, reparar el mal que hemos hecho, no sólo en

(1) Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui ? et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui. (Is., XLIX, 15).

el pasado año, sino en toda nuestra vida, y asegurarnos una eternidad de dicha, de gozo y de gloria. ¡ Oh ! ¡ si, al llegar el próximo año, tuviésemos la suerte de poder decir que el presente ha sido todo para Dios ! ¡ Qué riqueza de vida eterna habríamos atesorado ! Es lo que...

EPIFANÍA

SOBRE LOS REYES MAGOS

*Vidimus stellam eius, et venimus
adorare eum.*

Hemos visto su estrella y hemos
venido a adorarle.

(S. Mat., II, 2).

Día feliz para nosotros, H. M., día por siempre memorable, en el cual la misericordia del Salvador nos sacó de las tinieblas de la idolatría para llamarnos al conocimiento de la fe, en la persona de los Magos, que vienen de Oriente para adorar y reconocer al Mesías, en nuestro nombre, por su Dios y Salvador. Sí, H. M., ellos son nuestros padres y modelos en la fe. ¡ Dichosos nosotros si somos fieles en imitarlos y seguirlos! ¡ Oh! exclamaba con transportes de amor y gratitud el papa San León: «Angeles de la ciudad celeste, prestadnos vuestras llamas de amor para dar gracias al Dios de las misericordias por nuestra vocación al cristianismo y a la salud eterna». Celebremos, H. M.—dice este Santo—con alegría los comienzos de nuestras venturosas esperanzas. Pero, a ejemplo de los Magos, seamos fieles a nuestra vocación, o, de lo contrario, temblemos de que no nos aplique Dios el mismo castigo que a los judíos, su pueblo escogido. Desde Abraham hasta su venida les había el Señor llevado como de la mano, mostrándose dondequiera su protector y su libertador; y luego los rechazó y los desechó a causa del menosprecio que habían hecho de sus gracias. Sí, H. M., esta preciosa fe nos será quitada y

Dios la transportará a otros países, si no practicamos sus obras. Pues bien, H. M., ¿queremos conservar entre nosotros este precioso depósito? Sigamos fielmente las huellas de nuestros padres en la fe.

Para formarnos una pálida idea de la grandeza del beneficio de nuestra vocación al cristianismo, no tenemos más que considerar qué eran nuestros antepasados antes de la venida del Mesías, su Dios, su Salvador, su luz y su esperanza. Vivían entregados a toda suerte de crímenes y de desórdenes, enemigos de Dios, esclavos del demonio, víctimas destinadas a venganzas eternas. ¿Es posible, H. M., es posible que reflexionemos sobre un estado tan deplorable, sin que de todo corazón demos gracias a este Dios de bondad, por habernos querido llamar al conocimiento de la verdadera religión, y haber hecho todo lo que hizo para salvarnos? ¡Oh favor, oh gracia inestimable, tan preciosa como poco conocida en el desdichado siglo en que vivimos, en que la mayor parte de los cristianos no lo son más que de nombre! Pues bien, H. M., ¿qué hemos hecho a Dios para ser preferidos a tantos otros que han perecido y perecen aun todos los días en la ignorancia y en el pecado? Pero ¿qué digo? ¿No somos acaso más indignos aun nosotros de esta gracia que el infortunado pueblo de los judíos? Si hemos nacido en el seno de la Iglesia católica, mientras tantos otros perecen fuera de ella, se debe a un puro efecto de la bondad de Dios para con nosotros. Hablemos, pues, de nuestra vocación a la fe. Considerando la fe de los Magos, veremos que ellos la practicaban con obras, y que su fidelidad a la gracia fué pronta, generosa y perseverante. Compararemos luego nuestra fe, tan débil, con la suya, tan viva. Hablaremos por último, de la gratitud que debemos a Dios por el don de la fe que nos ha concedido. ¿Podremos nunca agradecer como se debe al Señor tan gran ventura?

I. — 1.º Decimos, primeramente, que la fidelidad de los Magos a la gracia fué *pronta*. En efecto, apenas divisan la estrella milagrosa, cuando, sin pararse a examinar nada, parten en busca de su Salvador, con tanta prisa, con tan encendido deseo de llegar al término a donde la gracia, figurada por la estrella, los llama, que nada es capaz de detenerlos. ¡Ay, H. M. ! ¡ cuán lejos estamos nosotros de imitarlos ! ¿ Cuántos años ha que Dios nos llama con su gracia, inspirándonos el pensamiento de dejar el pecado y reconciliarnos con El ? Y nosotros, siempre insensibles y rebeldes. ¡ Ah ! ¿ cuándo llegará el venturoso día en que hagamos como los Magos, que todo lo dejaron y abandonaron para darse a Dios ?

2.º En segundo lugar, H. M., decimos que su fidelidad a la vocación fué *generosa*, puesto que vencieron todas las dificultades y todos los obstáculos que se les oponían, por seguir a la estrella. ¡ Ay ! ¡ qué de sacrificios no han de hacer ! Han de abandonar su país, su casa, su familia, su reino, en una palabra, han de separarse de todo lo que más aman en el mundo, han de avenirse a soportar las fatigas de un largo y penoso viaje, hecho en la estación más rigurosa del año : todo parece oponerse a su intento. ¡ Cuántas chanzas no han de sufrir de parte de sus iguales, y aun del mismo pueblo ! ¡ Pero, no ! nada es capaz de detenerlos en un paso de tanta importancia. Y ved precisamente en qué consiste, H. M., el mérito de la fe, en renunciar a todo, y en sacrificar lo que más amamos, para obedecer a la voz de la gracia que nos llama.

¡ Ay, H. M. ! si para ganar el cielo se exigiesen de nosotros sacrificios como los de los Magos, ¡ cuán escaso sería el número de los escogidos ! Pero no, H. M., con hacer solamente lo que hacemos cuando se trata de negocios temporales, tenemos seguridad de ganarlo. Ved a un avaro : día y noche trabajará por ganar y

amontonar dinero. Ved a un bebedor : se consumirá y sufrirá toda la semana por reunir algunas monedas con que beber el domingo. ¡ Mirad a esos jóvenes entregados a los placeres ! Caminarán dos o tres leguas por procurarse un placer insulso y acompañado de muchos sinsabores. Irán de noche, desafiando el mal tiempo. De vuelta a su casa, lejos de ser compadecidos, llevarán una reprimenda, por lo menos si sus padres no han perdido la memoria de que Dios les pedirá un día cuenta de su alma. Bien claro lo veis que en todo esto hay que hacer muchos sacrificios ; y sin embargo, nada os arredra, y salís con todo ; unos por fraude, otros por astucia, todo se va haciendo. Mas, tratándose de la salvación, ¿ qué es lo que hacemos ? Casi todo nos parece impracticable. Confesemos, H. M., que es bien deplorable nuestra ceguera, de hacer cuanto podemos por este miserable mundo y no querer hacer nada por asegurar nuestra eterna felicidad.

Veamos todavía, H. M., hasta qué punto llevan los Magos su generosidad. Llegando a Jerusalén, la estrella que los había guiado en su viaje, desaparece de su vista. Créense ellos ya en el lugar donde ha nacido el Salvador a quien vienen a adorar, y piensan que Jerusalén entera se hallará en el colmo de la mayor alegría, por el nacimiento de su libertador. ¡ Qué desencanto ! ¡ qué sorpresa para ellos ! Jerusalén, no sólo no da señal alguna de alegría, sino que hasta ignora si el libertador ha nacido. Quedan tan sorprendidos los judíos de ver llegar a los Magos para adorar al Mesías, que éstos se pasan del anuncio que recibieron en Oriente. ¡ Qué prueba para su fe ! ¿ Se necesitaba más para renunciar a su propósito y regresar lo más secretamente posible a su país, por temor de ser la fábula de todo Jerusalén ? ¡ Ay, H. H. ! esto hubieran hecho muchos de nosotros, si hubiese sido sometida su fe a semejante prueba. No carecía de misterio la des apari-

ción de la estrella : venía a despertar la fe de los judíos que tenían los ojos cerrados ante el gran acontecimiento ; era menester que unos extranjeros viniesen a darles en cara su ceguera.

Pero todo esto, lejos de desanimar a los Magos, no sirve, por el contrario, sino para afirmarlos en su resolución. Abandonados, al parecer, por la luz que los guiaba, ¿se amilanarán? ¿Desistirán de su empresa? ¡ Oh, no ! H. M. ; nosotros sí, lo hubiéramos hecho, y sin duda por menores contratiempos. Pero ellos siguen otro camino : van a consultar a los doctores, como gente versada en las profecías donde se indicaba el lugar y el momento en que el Mesías había de nacer, y les piden en qué lugar nacerá el nuevo Rey de los Judíos. Hollando todo respeto humano, penetran hasta en el palacio de Herodes, y le piden dónde está el rey que acaba de nacer, declarándole, sin miedo alguno, que han venido a adorarle. Que el rey se ofenda de este lenguaje, poco les importa ; nada es capaz de detenerlos en una empresa tan importante ; quieren hallar a su Dios a toda costa. ¡ Qué valor, H. M., qué firmeza ! ¿ Y nosotros, H. M. ? Nosotros nos encogemos por temor a una pequeña chanza. Un *qué dirán* nos impide cumplir nuestros deberes de religión y frecuentar los Sacramentos. ¡ Cuántas veces no nos hemos avergonzado de hacer la señal de la cruz, antes y después de la comida ! ¡ Cuántas veces no hemos quebrantado por respeto humano las leyes de la abstinencia y del ayuno, por el temor de ser notados o de pasar por buenos cristianos ! ¿ Dónde está nuestro valor ? ¡ Oh ! ¡ qué vergüenza para nosotros el día del juicio, cuando el Salvador confrontará nuestra conducta con la de los Magos, nuestros padres en la fe, que todo lo dejaron y sacrificaron antes que resistir a la voz de la gracia que los llamaba !

3.º Mirad además cuán grande fué su *perseverancia*. Los doctores de la ley les dicen que todas las profecías

anunciaban que el Mesías había de nacer en Belén, y que el tiempo era llegado. Apenas recibida la respuesta, se ponen en camino para aquella ciudad. ¿No debían suponer que les sucedería lo que a la Virgen Santísima y a San José? ¿que la concurrencia sería mucha, y se encontrarían sin albergue? ¿Podían sospechar siquiera que los judíos, que hacía cuatro mil años estaban esperando al Mesías, no correrían en tropel a postrarse ante su cuna, reconociéndole por su Dios y su libertador? Pero no, H. M., nadie se mueve: los judíos viven en las tinieblas y en ellas se quedan. Expresiva imagen del pecador, que no cesa de oír la voz de Dios que le llama, por la voz de sus pastores, para que deje el pecado, y sólo le sirve para ser más culpable y más obstinado... (1)

Pero volvamos a los santos reyes Magos. Parten solos de Jerusalén; ¡y con qué puntualidad! ¡Oh! ¡qué fe la suya! ¿Los dejará Dios sin recompensa? Ciertamente que no, H. M. Han salido apenas de la ciudad, y de nuevo la antorcha, es decir, la estrella milagrosa, aparece delante de ellos, y como que los toma por la mano para conducirlos hasta el recinto de miseria y de pobreza donde se halla Jesús. Una vez allí se detiene y parece decirles: Ved a Aquel a quien he venido a anunciaros. Ved al esperado de las gentes. Sí, entrad, y le veréis. Es el engendrado desde toda la eternidad, que acaba de nacer, es decir, que acaba de tomar un cuerpo humano, el cual debe sacrificar para salvación de su pueblo. No os espante el aparato de miseria en que le veréis. Envuelto se os presenta en pobres pañales; pero es el mismo que lanza el rayo desde lo más alto de los cielos. Su voz estremece los infiernos, porque los infiernos ven en El a su vencedor. Los santos re-

(1) Las cuatro postrimerías, muerte, juicio, infierno y gloria (Nota del Santo).

yes sienten entonces sus corazones tan encendidos de amor, que se arrojan a los pies de su Salvador y riegan con sus lágrimas la paja que le está sirviendo de cama.

¡Qué espectáculo, H. M. ! Unos reyes reconociendo por su Dios y Salvador a un tierno niño tendido en un pesebre, entre dos viles animales ! ¡ Oh ! ¡ cuán preciosa cosa es la fe ! No sólo no los desalienta aquel estado de pobreza, sino que más bien los conmueve y edifica. Sus ojos no se cansan de contemplar al Salvador del mundo, al Rey de cielos y tierra, al Señor de todo el universo, en aquel estado. Las delicias de que sienten inundado su corazón son tan copiosas, que ofrecen a su Dios todo lo que tienen y todo lo que le pueden dar. Desde aquel momento consagran a Dios sus personas, no queriendo ser dueños ni aun de sí mismos. No contentos con esto, le ofrecen también sus reinos. Siguiendo la costumbre de los orientales, que jamás se llegaban a los grandes príncipes sin hacerles algún presente, ofrecen a Jesús los más ricos productos de su país, es decir : oro, incienso y mirra ; y con estos presentes expresan perfectamente la idea que habían concebido del Salvador, reconociendo su divinidad, su realeza o soberanía y su humanidad. Su divinidad, por el incienso, que es debido sólo a Dios ; su humanidad, por la mirra, que se emplea para embalsamar los cadáveres ; su soberanía, por el oro, que es el ordinario tributo que se paga a los soberanos. Pero esta ofrenda expresa aun mucho mejor los sentimientos de su corazón : su ardiente caridad, manifestada por el oro, símbolo de ella ; su tierna devoción, figurada por el incienso ; los sacrificios que con corazón mortificado hacían a Dios, representados por la mirra.

¡ Qué virtud, H. M., la de estos tres orientales ! Viendo Dios la disposición de sus corazones, ¿ no debía decir ya entonces lo que dirá luego en otra ocasión :

que no ha hallado «fe más viva en todo Israel»? (1). En efecto, los judíos tienen en medio de ellos al Mesías, y ninguna atención paran en él; los Magos vienen de muy lejanas tierras a buscarle y reconocerle como Dios. Los judíos le tratan luego como al hombre más criminal que puede haber existido en la tierra, y acaban por crucificarle al mismo tiempo que El está dando las pruebas más evidentes de su divinidad; mientras que los Magos le ven tendido sobre pajas, reducido a la condición más vil, y se echan a sus plantas para adorarle, reconociéndole como a su Dios, su Salvador y su libertador. ¡Oh! ¡qué cosa tan preciosa es la fe! Si tuviésemos la dicha de entenderla bien, ¡cuál sería nuestra diligencia en conservarla!

II. — ¿A quiénes imitamos, H. M., a los judíos o a los Magos? ¿Qué es lo que se observa en la mayor parte de los cristianos? ¡Ay! una fe débil y lánguida; y ¿cuántos hay que no tienen ni aún la fe de los demonios, los cuales creen que hay un Dios y tiemblan en su presencia? (2). No ha de costar mucho el vencerse de ello. Mirad, H. M., si realmente creemos que Dios está presente en nuestros templos cuando conversamos en su recinto, cuando volvemos la cabeza de una parte a otra, y cuando nos resistimos a doblar nuestras rodillas mientras El nos muestra el exceso de su amor, sea durante la comunión o hasta en el momento de la bendición. ¿Creemos que existe un Dios? ¡Oh! no, H. M., o, si lo creemos, es tan sólo para ultrajarle. ¿Qué uso hacemos, H. M., del don precioso de la fe y de los medios de salvación que hallamos en el seno de la Iglesia católica? ¿Qué conformidad hay entre nuestra vida y la santidad de nuestra religión?

(1) Non inveni tantam fidem in Israël (S. Mat., VIII, 10).

(2) Et daemones credunt, et contremiscunt (Sant., II, 19).

¿Podemos decir, H. M., que nuestra conducta se conforma a las máximas del Evangelio, y a los ejemplos que nos ha dado Jesucristo? ¿Amamos y practicamos todo aquello que Jesucristo ama y practica? Es decir, ¿amamos la pobreza, las humillaciones y los desprecios? ¿Preferimos la cualidad de cristianos a todos los honores y a todo lo que podamos poseer y desear en la tierra? ¿Sentimos para con los Sacramentos aquel respeto, aquel deseo y aquel afán de aprovecharnos de las gracias que el Señor nos prodiga en ellos? Ved ahí, H. M., sobre qué debemos examinarnos cada uno de nosotros en particular.

Mas ¡ay! ¿cuán grandes y amargas no serán las reprensiones que sobre esos diferentes puntos habremos de hacernos? En vista de tantas infidelidades e ingratitudes, ¿no deberemos temer que Jesucristo nos quite, como a los judíos, ese don precioso de la fe, para transportarlo a otros dominios en donde se haga de él mejor uso? ¿Por qué dejaron los judíos de ser el pueblo de Dios? ¿No fué, por ventura, a causa del desprecio que hicieron de sus gracias? Andad con cuidado, nos dice San Pablo, ya que, si no permanecéis firmes en la fe, seréis rechazados y repelidos como los judíos.

¡Ay, H. M.! ¿quién no temerá que esa desdicha nos sobrevenga, al considerar cuán poca fe hay en la tierra? En efecto, H. M., ¿cuál es la fe que se observa entre los jóvenes que deberían, precisamente, consagrar al Señor la primavera de sus días, para darle gracias por haberlos enriquecido con tan precioso depósito? ¿No se los ve, por el contrario, ocupados unos en dar satisfacción a su vanidad, otros solazándose en los placeres? ¿No se ven hasta obligados a confesar que aun habría que enseñárseles que tienen alma? Parece cómo si Dios se la hubiese dado sólo para perderla. ¿Cuál es la fe que encontramos entre aquellos que ya

alcanzaron la edad madura, y empiezan a estar ya desengañados de los devaneos de la juventud? ¿Pero no están enteramente ocupados, noche y día, en acrecentar su fortuna? ¿Piensan en salvar su pobre alma, cuando la fe les dice que, si la pierden, todo está perdido para ellos? No, H. M., no, ¡poco les importa que ella se pierda o se salve, con tal de aumentar sus caudales! Por fin, ¿cuál es la fe que vemos en los ancianos, quienes, dentro de breves momentos, van a ser citados para comparecer ante Dios a fin de rendir cuentas de su vida, vida que, tal vez, no ha sido más que un tejido de pecados? ¿Piensan en aprovecharse del corto tiempo que Dios, en su misericordia, es servido aún concederles, y que no deberían dedicar a otra cosa que a llorar sus faltas? ¿No se los ve, no se los oye hacer gala alegremente, siempre que tienen ocasión, de los placeres que han gustado durante las locuras de su juventud? ¡Ay, H. M.! forzosamente hemos de reconocer que la fe está casi extinguida, o mejor, que esto es lo que dicen todos aquellos que aun no han abandonado su alma a la tiranía del demonio. En efecto, H. M., ¿cuál es la fe que esperamos hallar en un cristiano que permanecerá tres, cuatro y seis meses sin frecuentar los Sacramentos? ¡Ay! ¡y cuántos hay que esperan un año entero, y otros hasta dejan transcurrir tres o cuatro años! Temamos, H. M., temamos atraer sobre nosotros castigos análogos a los que Dios ha hecho sentir a tantas otras naciones, de las cuales la fe ha sido transportada a otra parte, y que, a buen seguro, los tenían menos merecidos, o se habían aprovechado de ella mejor que nosotros, destinados a ocupar el lugar de los judíos.

Mas ¿qué debemos hacer, H. M., para tener la dicha de no quedar jamás privados del don de la fe? Debemos hacer como los Magos que se esforzaron continuamente en hacer su fe más y más viva. Mirad, H. M.,

cuán unidos a Dios por la fe están los Magos. En cuanto se hallan postrados ante el pesebre, ya no piensan en abandonar a su Dios. Hacen como un hijo que va a separarse de un buen padre, que vacila y procura retardar la partida, buscando pretextos a fin de prolongar su dicha. A medida que el momento va acercándose, corren las lágrimas, el corazón se quebranta. Tal hacen los Santos Reyes. Cuando fué preciso abandonar la cueva, lloraban con amargo llanto, parecía como si estuviesen retenidos allí por férreas cadenas. Por una parte, la caridad los impulsaba a regresar pronto, para anunciar la buena nueva a todo su reino; por otra, se veían obligados a separarse de Aquel a quien habían ido a buscar desde tan lejos, y que sólo hallaron después de vencer grandes dificultades. Mirábanse el uno al otro para ver quién partiría primero. Mas el ángel les advirtió que convenía salir para anunciar esa venturosa nueva a las gentes de sus reinos, pero con la precaución de no volver a la ciudad de Herodes: ya que, si Herodes les encargó tantas precauciones y que se informasen con diligencia para darle a conocer el lugar del nacimiento del Niño, esto no era para otra cosa que para darle muerte; convenía, pues, seguir otro camino. Hermosa figura de un pecador convertido que dejó el pecado para entregarse a Dios: de ninguna manera debe volver al lugar fatal que antes frecuentaba. Estas palabras del ángel los llenaron del más vivo dolor. Dominados por el temor de ser la causa de su muerte, después de despedirse de Jesús, de María y de José, parten lo más secretamente posible, se apartan, en su marcha, del camino real, a fin de no inspirar sospechas. En vez de hospedarse en las posadas, pasan las noches al abrigo de los árboles, en las cavidades de las peñas. y andan de esta manera unas treinta leguas.

Apenas llegados a su país respectivo, anuncian a todos sus súbditos el propósito de abandonar cuanto

poseen, ya que no pueden resignarse a tener algo en dominio, después de haber visto a su Dios sumido en una tan gran pobreza; considerándose dichosos de que, a lo menos en esto, puedan imitarle. Dedicar las noches a la oración, mientras, de día, recorren las casas de ciudad en ciudad, para comunicar a todos la dicha que habían experimentado, narrarles lo que vieron en aquel establo, y ponderarles las lágrimas que el Dios recién nacido derramara ya, para llorar los pecados de los hombres. Castigaban sus cuerpos con penitencias rigurosas; semejantes a tres ángeles recorriendo las provincias de su país para preparar los caminos del Señor; no podían hablar del dulce Salvador sin derramar abundantes lágrimas, y cada vez que, juntos conversaban recordando aquel momento feliz en que se hallaron ante el establo, les parecía que iban a morir de amor. ¡Oh! ¿no podían ellos decir, H. M., como los discípulos de Emmaús (1): Acaso no nos parecía cómo si nuestros corazones se abrasasen de amor, cuando nos hallábamos prosternados a sus plantas en aquel pobre rincón de miseria?» ¡Ah! si hubiesen tenido la dicha de albergarlo en su corazón, cual nosotros podemos ahora hacerlo, ¿no habrían prorrumpido en los mismos transportes que San Francisco cuando exclamaba: «¡Oh! aminorad, Señor, vuestro amor, o bien aumentad mis fuerzas, pues no puedo resistir más»? ¡Oh, con qué gran cuidado le guardarían en su pecho! Si El les hubiese dicho que por un solo pecado le perderían, ¿no hubieran preferido cien veces la muerte antes que atraer una tal desgracia? ¡Oh, con qué edificación y pureza de vida se mantuvieron durante los noventa y cuatro años que sobrevivieron al nacimiento del Salvador!

Se lee que Santo Tomás, después de la Ascensión

(1) *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis?* (S. Luc., XXIV, 32).

del Salvador, fué a anunciar el Evangelio a aquellos países. Allí los encontró a los tres. Desde que salieron de la cueva de Belén, no cesaron de propagar la fe en sus territorios. Santo Tomás quedó admirado de hallarlos tan saturados del espíritu de Dios y encumbrados a un tal alto grado de santidad, y encontró todos los corazones dispuestos a recibir la gracia santificante, por la obra que habían llevado a cabo los Santos Reyes. El Apóstol les contó cuánto el Salvador había hecho y sufrido desde que ellos tuvieron la dicha de verle en el pesebre; díjoles que había vivido hasta la edad de treinta y tres años, que había trabajado en la obscuridad, sometido a la Virgen María y San José, ayudándoles a vivir con su trabajo; que San José murió mucho tiempo antes que el Salvador; que la Virgen vivía aún, estando bajo el cuidado de uno de los discípulos de Jesús. Les dijo que el Salvador, durante los tres últimos años de su vida, padeció cuanto pudiera hacerse padecer al mayor criminal del mundo; que cuando comenzó a anunciar a los hombres que venía para salvarlos, que era el Mesías desde tanto tiempo esperado, y les enseñaba cómo debían portarse a fin de participar de las gracias que les traía, entonces se le arrojaba, a pedradas, fuera de las reuniones y asambleas; que recorrió gran parte del país, curando a los enfermos que se le presentaban, resucitando muertos y echando el demonio del cuerpo de los posesos. El causante de su muerte fué uno de los que El había escogido para anunciar al mundo su Evangelio, el cual, dominado por la avaricia, le vendió por treinta dineros. Fué preso como un criminal, atado a una columna, y allí se le flageló de una manera tan cruel, que llegó a quedar desfigurado. Fué arrastrado por las calles de Jerusalén, con una cruz a cuestas, bajo cuyo peso caía a cada paso; su sangre regaba las piedras de las calles por donde pasaba, y, en sus repetidas caídas, los verdugos obligábanle a levantarse, a golpes y a co-

ces ; terminaron por crucificarle, y El, lejos de vengarse de tantos ultrajes, no cesó de orar por sus verdugos ; y en aquella cruz expiró, mientras los viandantes y los judíos le llenaban de maldiciones. Después, pasados tres días, resucitó tal como El mismo había profetizado ; y, cuarenta días más tarde, subió a los cielos. Tomás, lo mismo que los Apóstoles que le acompañaron en su misión, habían sido testigos de todo aquello.

Al oír la narración de cuanto el Salvador sufriera, los Santos Reyes parecían no poder vivir ya más. ¡ Mataron a ese tierno Salvador ! — exclamaban — ¡ Ah ! ¿ habrá podido existir crueldad semejante ? ¡ Y El todavía los perdonó ! ¡ Oh ! ¡ cuán bueno es y cuán misericordioso ! Y ellos, tan vivamente sentían el dolor, que no podían contener las lágrimas ni ahogar los sollozos. Santo Tomás los bautizó, los ordenó de presbíteros y los consagró obispos, a fin de que, con la consagración, tuviesen mayor potestad para propagar la fe. Estaban, ellos, tan animados por el amor de Dios, que, a cuantos encontraban, los detenían diciéndoles : Venid, H. M., venid, que os contaremos lo que sufrió el Mesías que, en otro tiempo, vimos nosotros en aquel establo.

Hasta tal punto su corazón estaba inflamado por el amor de Dios, que parecía fuesen, a cada momento, transportados al cielo. Su vida toda no fué más que una serie de milagros y conversiones. Como que en vida habían estado siempre unidos con tanta intimidad, Dios permitió que fuesen enterrados en un mismo sepulcro. El que murió primero fué colocado al lado derecho ; mas, a la muerte del segundo, como fuese colocado al lado del otro, el que había fallecido primero cedió su lugar a aquél ; finalmente, cuando llegó la hora al último, los dos anteriormente muertos se separaron dejándole el lugar del medio, como merecedor de una gloria mayor por haber trabajado más tiempo por el Salvador. Estaban tan imbuídos en la humildad

de su Maestro, que dieron muestras de ella hasta después de su muerte. Desde su vocación a la fe, prosperaron continuamente en virtudes y en el amor de Dios. ¡ Oh ! ¡ cuán dichosos seríamos, H. M., si siguiéramos las huellas de nuestros padres en la fe, que, en su humildad, juzgaban de ningún valor todas sus buenas obras ! (1)

III. — Y ¿ qué debemos hacer, H. M., para testimoniar a Dios nuestra gratitud por habernos dado medios tan fáciles para salvarnos ? Hemos de ser agradecidos. En el mundo, cuando el menor servicio deja de ser correspondido, pronto exteriorizamos nuestras quejas ; ¿ qué juicio formará, pues, Dios de nuestra ingratitud ? Moisés, antes de su muerte, congregó ante su presencia a todo el pueblo judío, poniéndole de manifiesto todos los beneficios de que el Señor le colmara incesantemente, y añadiendo que, si no se mostraba agradecido, había de temer los más grandes castigos ; ¡ y esto es, precisamente, lo que le ha acontecido, pues fué abandonado de Dios ! ¡ Ay, H. M. ! que los beneficios de que Dios nos ha colmado son aún mucho más preciosos que los de los judíos.

¡ Oh ! ¡ si pudieseis interrogar a vuestros antepasados y comprender por qué camino llegasteis hasta el bautismo, por qué senda la Providencia os ha conducido hasta este momento precioso en que estáis adornados del don inapreciable de la fe ! Después de haber evitado todos los accidentes y peligros que hubieran podido, como a tantos otros, ahogaros en el mismo seno materno, el Señor, al punto que visteis la luz del día, os recibió en sus brazos y os dijo : Sois mis hijos muy ama-

(1) El P. Giry en su «Vida de los Santos», cita el hecho de la sepultura común de los Reyes Magos, según el Almanaque de Colonia ; pero añade : «Estas cosas no son muy seguras, pues ningún autor antiguo hace de ellas mención». (Tomo 1, p. 372, edit. Palmé).

dos. Desde aquel momento, no os ha perdido ya de vista. A medida que vuestra razón iba desarrollándose, vuestros padres, vuestras madres y vuestros pastores no cesaron de anunciaros los beneficios que el Salvador tiene prometidos a los que le sirven. Tocante a vuestra conservación, puede decirse que habéis sido la niña de sus ojos. Nos dice el Espíritu Santo que el Señor, sacando a su pueblo de Egipto y guiándole hacia la tierra prometida, puede compararse a «un águila volando alrededor de sus pequeñuelos para excitarlos a levantar el vuelo, la cual los coge y los lleva sobre sus alas» (1). He aquí precisamente, H. M., lo que Jesús hace por nosotros. Extiende sus alas, es decir, sus brazos en la cruz, para recibirnos y para excitarnos con sus enseñanzas y ejemplos a deshacernos de este mundo y elevarnos con El al cielo. La Sagrada Escritura nos dice que los israelitas recibieron de Dios, por singular favor de su bondad, el país de Canaán, para chupar la sabrosísima miel que encontraban en los agujeros de las piedras, para nutrirse con la más pura flor de la harina, y para beber el vino más exquisito (2). Sí, todo esto no es más que una débil imagen de los bienes espirituales con que podemos saciarnos en el seno de la Iglesia. ¿No es, por ventura, en las llagas de Jesucristo donde hallamos los más grandes consuelos? ¿No es, por ventura, en los Sacramentos donde nos saciamos con ese vino tan delicioso cuya dulzura y cuya fuerza embriagan nuestras almas?

¿Qué más podía hacer Dios, por vosotros, de lo que hizo? Cuando el profeta Nathán fué enviado a David para reprenderle su pecado, díjole: «Oye, príncipe, he aquí lo que dice el Señor: Yo te salvé de las manos de Saúl para hacer que reinases en su lugar; yo te di to-

(1) Sicut aquila provocans ad volandum pullos suos, et super eos volitans, expandit alas suas (Deut., XXXII, 11).

(2) Ibid., 13, 14.

dos los bienes y todas las riquezas de la casa de Judá y de Israel, y, si consideras que esto es poco, añadió, aun estoy dispuesto a darte mucho más» (1). Pero a nosotros, H. M., ¿qué más puede darnos, cuando nos ha hecho participantes de todos sus tesoros? H. M., ¿cuál es nuestro agradecimiento, o mejor, cuál es el desprecio, cuál es el abuso que no hayamos cometido? ¿Qué caso, qué uso hacemos de la palabra de Dios que con tanta frecuencia se nos predica? ¡Oh! ¡cuántos desgraciados hay que no conocen a Jesucristo! ¡a quienes su palabra santa jamás les ha sido anunciada, y que serían grandes santos si alcanzasen tan sólo las migajas de ese pan sagrado que sin cesar se os prodiga y que vosotros dejáis que se pierda! ¿Cuál es el uso que hacemos de la confesión, en donde Dios nos manifiesta cuán grande es su misericordia, y en la que es suficiente dar a conocer las llagas de la pobre alma para quedar curado? ¡Ay! que la mayor parte desprecian tal remedio, y los demás se acercan a él lo menos posible. ¿Cuál es el uso que hacemos de la sagrada comunión y de la santa Misa? Si en el mundo cristiano no hubiese más que un templo en el que se celebrase este augusto misterio, en donde se consagrarse y fuese permitido recibir el cuerpo y la sangre preciosa de Jesucristo, sentiríamos, sin duda, H. M., una santa envidia de los que se hallasen a las puertas de ese templo y les fuese dado, cuantas veces quisieran, visitar y recibir a Jesús Sacramentado. H. M., nosotros somos este pueblo escogido; nosotros estamos a la puerta de ese lugar tan santo, tan puro, en donde cada día se inmola el mismo Dios. ¿Cuál es el uso que hacemos de tal beneficio?

Cuando Dios venga a juzgar al mundo, un judío, un idólatra, un mahometano podrán decir: ¡Oh! si

(1) II Reg., XII, 7, 8.